

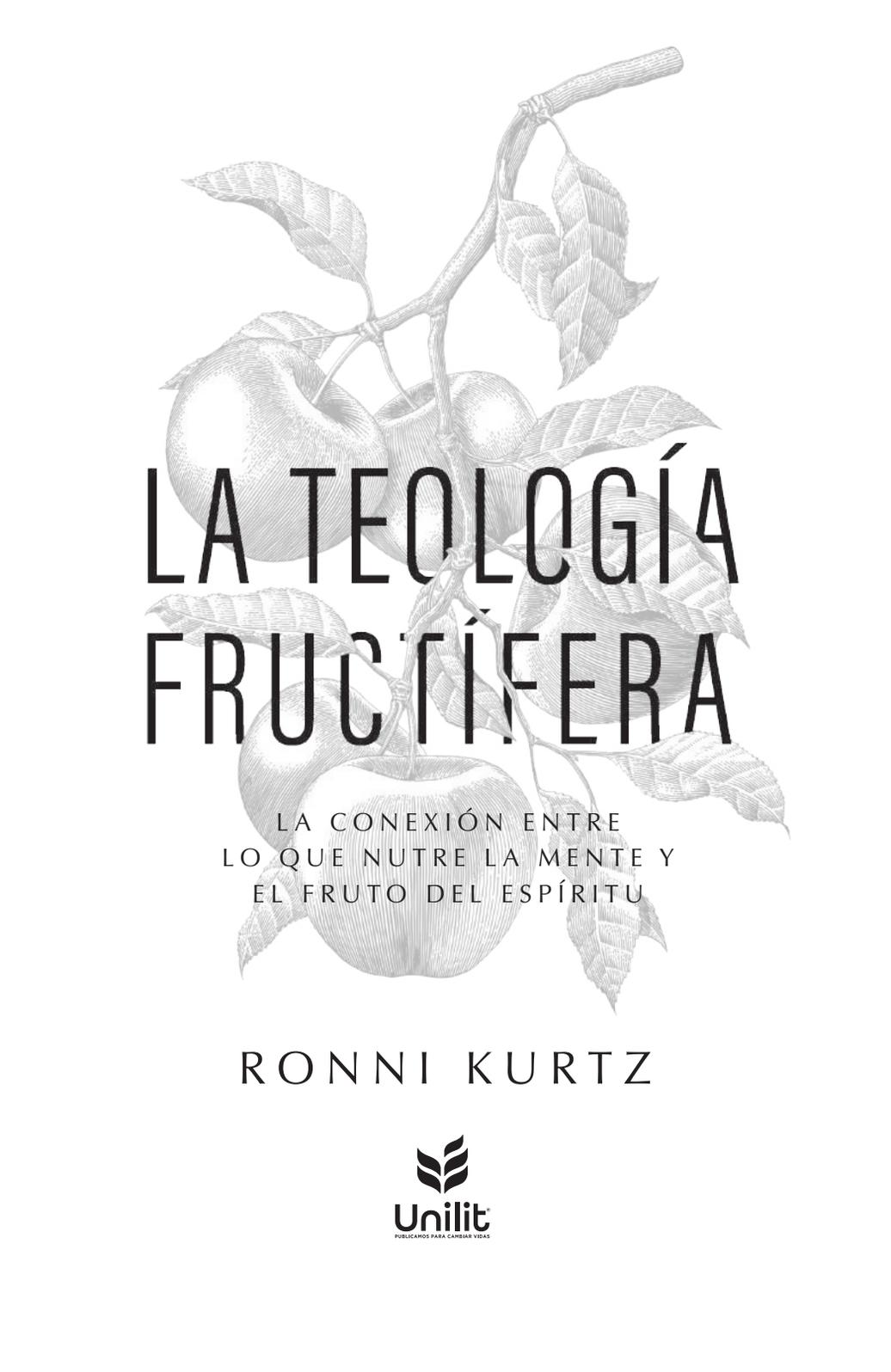
A continuación encontrarás una muestra del libro
«Teología fructífera» del autor Ronni Kurtz

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/teologia-fructifera>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com







LA TEOLOGÍA FRUCTÍFERA

LA CONEXIÓN ENTRE
LO QUE NUTRE LA MENTE Y
EL FRUTO DEL ESPÍRITU

RONNI KURTZ

A Finley Jane,

Que el Dios trino captive el ojo de tu mente.
Que tu contemplación de su gloria y gracia produzca fruto
hasta que tu fe se convierta en vista.
Te amo.

Contenido

Prefacio	XIII
Capítulo uno: ¿Por qué enfurecen los teólogos?	1
Capítulo dos: Amor	19
Capítulo tres: Gozo	39
Capítulo cuatro: Paz	55
Capítulo cinco: Paciencia	69
Capítulo seis: Benignidad.	81
Capítulo siete: Bondad	93
Capítulo ocho: Fidelidad	105
Capítulo nueve: Mansedumbre	119
Capítulo diez: Templanza	133
Conclusión: Fuerte en mente, gentil en espíritu: teología para la gloria de Dios y el bien de los demás.	145
Apéndice: Soy nuevo en teología, ¿por dónde comienzo?	157
Notas	167
Índice de Escrituras	171

Capítulo uno

¿Por qué enfurecen los teólogos?

La teología es el estudio de Dios y todas las cosas en relación con Dios.¹ Cuando nos dedicamos a la tarea de la teología cristiana, es a Dios a quien buscamos. Junto al salmista, el teólogo cristiano declara: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre» (Sal 73:25-26). Dios es el deseo del corazón del teólogo; Dios es la porción del teólogo. Aunque la teología trata una serie de otros temas—como la creación de todas las cosas, la redención de un pueblo pecador, el establecimiento de la Iglesia, la ética de una vida cristiana e incluso cómo todas las cosas llegarán un día a un glorioso final—, lo hace en primer lugar con Dios en el centro de nuestro pensamiento. Así que el estudio de la creación es el estudio de la obra *de Dios*. El estudio de la Iglesia es el estudio del pueblo *de Dios*. El estudio de la salvación cristiana es el estudio de la redención *de Dios*. Dios

es el tema principal de la teología cristiana, y lo colocamos por encima de todo, poniendo todo lo demás en su lugar adecuado, sometido a *él*.

En resumen, cuando los cristianos dirigimos nuestra mente hacia las profundidades de Dios en la tarea de la teología, fijamos nuestra mirada en nada menos que en el Dios trino. ¿Por qué podría importar una comprensión completamente centrada en Dios de la teología para el comienzo de este libro? Colocar a Dios en el lugar adecuado como sujeto de la teología cristiana es de suma importancia, ya que hacerlo distinguirá la teología de todas las demás búsquedas intelectuales. Dios es más que un conjunto de hechos a examinar; es aquel que llama al cosmos con la palabra de su poder, y no solo será examinado, sino exaltado. Mientras que otros campos pueden llamar a sus estudiantes a estudiar proposiciones y sopesarlas, la teología cristiana llama a sus estudiantes a hacer más que sopesar afirmaciones de verdad, se los llama a adorar.

El objetivo de la teología es obtener una visión más clara de quién es Dios y lo que está haciendo en el mundo. Dado este objetivo, cuando hacemos teología correctamente, no debemos salir siendo la misma persona. A medida que la confusión sobre Dios da paso a la claridad y somos introducidos en la verdad de la fe cristiana, no podemos evitar ser moldeados y formados por ella. A lo largo de las Escrituras, cuando las personas son llevadas a la presencia de Dios, tienen fuertes consecuencias y reacciones. Piensa en Isaías, por ejemplo, quien en el capítulo 6 de su libro «vio al Señor» y a los ángeles que lo acompañaban. Estar en la presencia del Dios santo hizo que Isaías estallara en desesperación y

confesara su maldad. Isaías clama: «Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is 6:5). O, pasando al Nuevo Testamento, piensa en Juan, quien en el libro del Apocalipsis tiene una visión del Señor y dice: «Cuando le vi, caí como muerto a sus pies» (Ap 1:17).

La presencia del Señor nos transforma. Cuando los pecadores entran en contacto con su gloria y majestuosidad, ya no serán los mismos. Aunque la teología no debe confundirse con la presencia real del Señor, si al hacer teología de manera adecuada aclara para nosotros la persona y la obra de nuestro Dios trino, debería producir un cambio dentro de nosotros. A medida que nos disponemos a renovar nuestras mentes y participar en el razonamiento teológico, nos adentramos en el mayor drama que el hombre conoce. En la persona de Dios y las obras de Dios, presenciamos un espectáculo de lo hermoso, lo bueno y lo verdadero. De esta manera, la vida teológica es una vida de aventura. La aventura es una contemplación y comprensión cada vez mayor de este Dios hermoso, bueno y verdadero. Por lo tanto, la convicción de este libro es que, al embarcarnos en esta aventura de contemplar a Dios y todas las cosas en relación con Dios, seremos transformados. Además, el objetivo de este libro es detallar cómo esta transformación debería ser una transformación hacia la semejanza a Cristo, que conduzca al fruto espiritual. Para decirlo claramente, la vida de la mente puede y debe conducir al fruto del Espíritu. El resultado de la teología bien hecha debería ser amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gl 5:22).

En este punto, es posible que te sientas tentado a afirmar que esto suena correcto y bueno para los *teólogos*, pero ¿qué tiene que ver *conmigo*? Si la respuesta a la pregunta «¿qué es la teología?» es «el estudio de Dios y todas las cosas en relación con Dios», entonces la respuesta a la pregunta «¿quién es un teólogo?» es simplemente «todos». Todos somos teólogos, sin excepción. El lector perspicaz puede ver cómo estas dos preguntas están relacionadas. Si la teología es el estudio de Dios, todos, cada uno de nosotros, tenemos pensamientos acerca de Dios. Incluso aquellos que afirman que no hay Dios están profesando una teología. No es una exageración decir que tú, lector, eres un teólogo. Ya sea que tus pensamientos sobre Dios sean elementales y estés en las primeras etapas de formar tus convicciones, o si la teología es una vieja amiga con la que has pasado mucho tiempo, eres un teólogo.

La pregunta de si eres un teólogo se ha resuelto para ti. Cuando piensas en Dios y hablas de él, no puedes evitar ser un teólogo y participar en la tarea de la teología. La cuestión más pertinente, entonces, es si serás un teólogo bueno y fiel. ¿Pondrás tu mente en las cosas de arriba de tal manera que Dios y sus obras se vuelvan más claros para ti y sean un tesoro para ti? Y, en sintonía con este libro, ¿te embarcarás en esta tarea vital de tal manera que la contemplación de Dios conduzca a la manifestación del fruto espiritual en tu vida?

Otra queja potencial en este punto del libro podría ser que tu experiencia con aquellos que practican la teología cristiana a menudo no puede ser descrita por esas virtudes que componen el fruto del Espíritu. Puedes venir a este libro con muchas palabras para describir a los teólogos, pero

«paciente», «bueno» y «manso» podrían no estar entre ellas. Esta triste realidad es el impulso para el trabajo que tienes en tus manos. Demasiadas personas han tenido una experiencia negativa con la teología o con aquellos que ostentan el título de teólogo. En algún momento, algo salió mal con la teología cristiana. Esto nos lleva a nuestra segunda pregunta: ¿Qué le sucede a la teología hoy en día?

¿Qué le sucede a la teología hoy en día?

La respuesta simple a esta pregunta es nada. La teología está muy bien, como lo ha estado desde el primer ataque de la humanidad. Sin embargo, hay algo que no cuadra con parte del discurso teológico que está teniendo lugar en nuestros días. Lejos de ser descrito por la serie de virtudes que componen el fruto del Espíritu, gran parte de lo que hoy se etiqueta como teología es inseguridad y furia disfrazada de diálogo o reflexión. Incluso una breve revisión de las redes sociales podría llevarte a la conclusión de que debes estar enojado para hacer teología.

En nuestros días, no es raro ver que la teología se utiliza como un arma y no como una fuente de alegría. Esta «arma» de la teología se toma y se utiliza de manera maliciosa. La prevalencia del mal uso de la teología significa que es probable que tú mismo lo hayas experimentado.

Tal vez hayas visto que la teología se convierte en un instrumento de división. En esta mala práctica de la teología, la verdad cristiana se utiliza para enfrentar a hermanos y hermanas entre sí. Los puntos de doctrina se convierten en las líneas divisorias en las que se desarrolla una guerra de

«nosotros contra ellos». Y si bien ciertamente hay momentos buenos y apropiados para trazar líneas en la arena, también hay quienes tienen límites teológicos que se reducen constantemente, de modo que solo ellos y un puñado de seguidores son vistos como los poseedores de la verdad. Surge la discordia cuando la teología se utiliza para romper la unidad con aquellos otros seres que llevan la imagen de Dios con quienes deberíamos estar marchando juntos hacia la tierra prometida, hombro a hombro.

Tal vez hayas visto que la teología se convierte en un instrumento de orgullo. En esta mala práctica de la teología, la acumulación de conocimiento se traduce en egos cada vez más inflados, y la búsqueda de la verdad es solo un afán por la autoimportancia. Cuando los arroyos de la arrogancia fluyen desde la fuente de la teología mal utilizada, el objetivo se convierte en los aplausos de nuestros prójimos en lugar del bien de nuestros prójimos. En lugar de dirigir nuestra vida intelectual hacia la búsqueda de otros, inclinamos a otros hacia la observación de nuestras capacidades intelectuales con la esperanza de recibir elogios que deberían ser dados al Señor. De esta manera, la teología puede convertirse en un espectáculo; los teólogos son simplemente actores en el escenario doctrinal, esperando que su articulación de un concepto teológico o su vuelta de frase puedan entretener al público.

Tal vez hayas visto que la teología se convierte en un sustituto de la santificación y la sabiduría. Existe la tentación de confundir la claridad y la confianza teológicas con la sabiduría cristiana. Sin embargo, una devoción sincera al Señor no se mide por la memorización de la jerga y la lógica teológica. Como veremos en su momento, Dios puede usar

la teología como un medio de santificación, y parece que a menudo se complace en hacerlo. Sin embargo, la inteligencia teológica no es una razón válida para menospreciar o descuidar el papel vital de la inteligencia emocional, la inteligencia relacional, la inteligencia cultural y similares. La santificación cristiana es integral, y aunque la teología es un ingrediente necesario, no es en sí mismo un ingrediente suficiente. La vida cristiana exige una madurez y sabiduría multifacéticas en las que se nos llama a amar al Señor, no solo con toda nuestra mente, sino también con todo nuestro corazón, toda nuestra alma y toda nuestra fuerza (Dt 6:4-7; Mt 22:37-40; Mr 12:30-31; Lc 10:27).

Estas son solo algunas de las formas en que se abusa de la teología en nuestros días. A medida que trabajemos a través del fruto del Espíritu en los próximos capítulos, también veremos otros usos incorrectos de la teología. Pero dado que este libro está moldeado por las nueve virtudes que componen el fruto del Espíritu, es importante detenernos aquí y hablar de estos maravillosos rasgos que deberían definir al teólogo cristiano.

La vida de la mente* y el fruto del Espíritu

Este libro espera nadar a contracorriente de una comprensión de la teología en la que uno debe levantar la voz

* A lo largo de este libro, el autor se referirá frecuentemente al concepto «vida de la mente». Este concepto, utilizado ampliamente en diversos campos como la psicología, las neurociencias, la filosofía y la teología, en este volumen se relaciona principalmente a todo aquello que nutre nuestra reflexión y nuestro intelecto, esto es, a todo aquello que a través de la absorción de conocimiento e información, nos empuja o condiciona a actuar en consecuencia (N. del E.).

o estar enojado para participar. Por el contrario, reiterando, el corazón del libro que tienes en tus manos, el objetivo de esta obra, es mostrar cómo la vida de la mente puede llevar realmente a la vida del alma en la manifestación del fruto del Espíritu. Discutiremos cómo emprender la gloriosa tarea de la contemplación cristiana debería llevar, de hecho, al amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza.

La teología como un medio para cultivar la virtud cristiana, como el fruto del Espíritu, no es una idea nueva. Dos citas breves, de dos períodos diferentes, nos ayudan a ver este punto importante. Proveniente del norte de África y nacido en el siglo IV, uno de los padres de la Iglesia más conocidos es, sin duda, Agustín. Esta figura imponente en la historia de la Iglesia declaró una vez: «Porque esta es la plenitud de nuestro gozo, más allá de lo cual no hay nada mayor: disfrutar del Dios trino, a cuya imagen hemos sido hechos».²

Esta es una afirmación audaz de Agustín, pero creo que tiene razón. Podemos buscar avivar nuestro gozo de innumerables maneras: la familia, la comida, las vocaciones, los bienes materiales, las vacaciones, las experiencias y mucho más. Sin embargo, el mayor combustible en la hoguera de nuestro gozo es el Dios trino «a cuya imagen hemos sido hechos». El gozo en el Dios trino es el más puro de todos los gozos. Porque otros gozos vendrán y se irán. Como la hierba se marchita y las flores se desvanecen, los gozos menores están aquí hoy y mañana se van (Is 40:8). Pero nuestro Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre, por lo que el gozo que se encuentra en él es un gozo inquebrantable y puro (Heb 13:8).

Sin embargo, como Jen Wilkin afirmó maravillosamente: «El corazón no puede amar lo que la mente no conoce».³ Si queremos liberar nuestros corazones para vivir en el gozo que proviene de amar al Dios trino, debemos enfocar nuestras mentes en conocerlo. Tu mente y tus afectos están más cerca de lo que podrías reconocer, y verás que lo que contemplas con regularidad lo apreciarás consistentemente más y más.

La segunda cita proviene de otro teólogo muy conocido en la historia de la Iglesia. Pasando de África en el siglo IV a Italia en el siglo XIII, escuchemos al pensador medieval Tomás de Aquino, quien, en sintonía con el tema de este libro, declaró una vez: «Toda nuestra vida da fruto y alcanza su culminación en el conocimiento de la Trinidad».⁴ Aquino, en esta cita, muestra que hay «fruto» debido a nuestra adquisición del conocimiento teológico. Hay un beneficio de pasar mucho tiempo a los pies del Señor en reflexión: toda tu vida comenzará a dar fruto. Contemplar lo bueno, lo verdadero, lo hermoso, todo culminando en nuestro Señor, tiene la capacidad de transformar el odio en amor, la desesperación en gozo, la división en paz, la ansiedad en paciencia, la animosidad en benignidad, el mal en bondad, la desobediencia en fidelidad, la dureza en mansedumbre y la indulgencia en templanza.

Dado que el resto de este libro discutirá estas virtudes gloriosas y su relación con la vida teológica, es importante dedicar algún tiempo en este primer capítulo a una discusión explícita del fruto del Espíritu. Nos dirigimos a Gálatas 5 y a una breve mirada a lo que Pablo llama «el fruto del Espíritu» en comparación con «las obras de la carne», especialmente en lo que respecta a la vida de la mente.

El fruto del Espíritu y las obras de la carne

El libro de Gálatas es una daga llena de gracia que atraviesa el corazón de las obras de justicia. Escrito desde un profundo sentido de preocupación, el apóstol Pablo escribe la carta a los Gálatas angustiado porque han abandonado el evangelio de Jesucristo. El evangelio es la buena noticia de que el Dios trino ha hecho algo acerca de nuestra desamparada condición en la persona y obra de Jesucristo, para que los pecadores puedan ser redimidos en el amor trino si están unidos a él por la fe. Tiene sentido que Pablo esté conternado de que los gálatas estén abandonando este mensaje que salva vidas. Ninguna otra noticia trae vida eterna como la buena noticia de Jesucristo. Trabajando a través de la maravilla que es la justificación por la fe, la gloria del nuevo pacto sobre el antiguo pacto, las marcas distintivas de la ley y el evangelio, y más en los capítulos 1-4, Pablo llega a nuestro capítulo, el capítulo 5.

La primera oración de Gálatas 5 vale toda una vida de meditación. Estas ocho palabras se unen como bálsamo para el alma cansada e inquieta y tendrán mucha importancia en este libro. El capítulo comienza con: «Cristo nos dio libertad para que seamos libres» (v. 1, DHH). El glorioso indicativo es seguido por un imperativo vital: «manténganse ustedes firmes en esa libertad y no se sometan otra vez al yugo de la esclavitud» ((v. 1, DHH). Cristo y su evangelio traen libertad, no esclavitud.

Pablo presenta esta verdad impresionante de la fe cristiana para hacer una pregunta vital a los gálatas: «Vosotros corráis bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?»

((v. 7). Ampliando su pregunta, Pablo discute dos formas de vivir: primero, una vida bien vivida; después, una vida que necesita reforma. A partir del versículo 16, Pablo contrasta el fruto del Espíritu y las obras de la carne.

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.

Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros ((Gl 5:16-26).

El lector observador podría haber notado que hay más vicios enumerados en las «obras de la carne» que virtudes en el «fruto del Espíritu». De hecho, en este pasaje, Pablo enumera nueve virtudes del fruto del Espíritu mientras enumera quince obras de la carne con una decimosexta categoría, «cosas semejantes a estas». Como haremos referencia a esas virtudes que componen el fruto del Espíritu y a esos vicios que componen las obras de la carne, será útil contar con un cuadro para fines de comparación y contraste:

Frutos del Espíritu	Obras de la carne
Amor	Inmoralidad sexual
Gozo	Impureza moral
Paz	Promiscuidad
Paciencia	Idolatría
Benignidad	Brujería
Bondad	Odio
Fidelidad	Contienda
Mansedumbre	Celos
Templanza	Arrebatos de ira
	Ambición egoísta
	Disensión
	Facciones
	Envidia
	Borracheras
	Libertinaje
	Cosas semejantes

Debemos notar aquí que, al considerar estas dos categorías, el fruto del Espíritu y las obras de la carne, hay un porcentaje asimétrico de relevancia para nuestra conversación sobre teología. Lo que quiero decir con esto es simplemente afirmar que el 100 por ciento del fruto del Espíritu importa para las discusiones de doctrina. Sin embargo, no todos los vicios que componen las obras de la carne son pertinentes para nuestra discusión aquí, pero muchos lo son. Por ejemplo, no es difícil imaginar que una mala teología pueda llevar a la impureza moral, la idolatría, el odio, las contiendas, los celos, los arrebatos de ira, la ambición egoísta, la disensión, las facciones y la envidia.

Entonces, la pregunta diagnóstica detrás de este libro es simple: ¿La forma en que piensas sobre la teología, la forma en que haces teología y la forma en que hablas sobre teología suele conducir al amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y la templanza? ¿O la forma en que piensas sobre la teología, la forma en que haces teología y la forma en que hablas sobre teología suele conducir a la impureza moral, la idolatría, el odio, las contiendas, los celos, los arrebatos de ira, la ambición egoísta, la disensión, las facciones y la envidia? Permíteme hacer cuatro breves observaciones sobre el fruto del Espíritu en comparación con las obras de la carne, que podrían ayudar a enfocar la importancia de esta pregunta diagnóstica.

En primer lugar, ten en cuenta el contexto de los versículos (19-26). Pablo discute estas dos listas de virtudes y vicios en el contexto más amplio de Gálatas 5, que se encuentra en el contexto más amplio del libro de Gálatas en su conjunto. Recuerda la primera línea del capítulo 5: «Cristo nos dio

libertad para que seamos libres». Someter nuestra vida mental al fruto del Espíritu en contraposición a las obras de la carne produce resultados significativos. Porque la vida de la mente que conduce al fruto del Espíritu es una vida de libertad intelectual. Estamos llamados a llevar «cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo» (2 Co 10:5), y llevar el fruto del Espíritu a nuestra reflexión teológica nos muestra que o bien obedeceremos y llevamos cautivo todo pensamiento, o nuestros pensamientos nos someterán a nosotros. El cristiano que dirige sus pensamientos hacia el fruto del Espíritu es el cristiano que vive en libertad, no en esclavitud.

En segundo lugar, observa que la lista de Pablo aquí tiene un sujeto singular. Puedes haber notado que es el «fruto» del Espíritu, no los «frutos» del Espíritu. Es decir, no existe un mundo en el que se nos llame a cultivar el gozo y la paz, pero donde podamos olvidarnos de la templanza, por ejemplo. Una teología cristiana que conduzca a la bondad, pero no a la benignidad está incompleta. No es suficiente que dirijamos nuestra vida mental hacia un puñado de las virtudes que conforma el fruto del Espíritu; debemos perseguirlas a todas. Cuando reunimos todas estas virtudes, obtenemos una buena muestra de la sabiduría cristiana. A lo largo de este libro, a veces incluso utilizaré la sabiduría como un atajo para una vida contemplativa caracterizada por el fruto del Espíritu.

En tercer lugar, es importante no perder la importancia de la realidad de que estas virtudes conforman el fruto «del Espíritu». La tarea que tenemos ante nosotros, cultivar una vida mental que conduce al fruto del Espíritu, es una tarea espiritual. Estimado lector, es imperativo que tengas al Espíritu Santo mientras buscas dar fruto en y a través de tu

mente. Trabajar arduamente para producir el tipo de fruto descrito en Gálatas 5 sin la ayuda del Espíritu Santo es un esfuerzo inútil. De hecho, permíteme aconsejarte que ores constantemente por la guía del Espíritu mientras lees este libro. Ora para que el Señor te conceda la gracia de tener una vida mental y una teología que conduzcan a la fructificación. Ora por gozo, ora por paz, ora por bondad, etc. Si este es el fruto del Espíritu, suma al Espíritu en tu viaje teológico y permítele ser el gran santificador que es.

Cuarto y último, vuelve una vez más a Gálatas 5. Justo antes del pasaje que citamos anteriormente (vv. 19-26), Pablo describe el destino al que llevará cada camino. Advierte que para aquellos que persiguen las obras de la carne, su resultado será que se morderán y se devorarán unos a otros y que eventualmente serán consumidos por otros (v. 15).

Con gran tristeza, hemos visto este resultado exacto en el mundo teológico. Mientras los teólogos se enfurecen, su celo está dirigido el uno al otro. En lugar de unir fuerzas para perseguir la Gran Comisión como compañeros de tareas, intercambian «fuego amigo», participando en una guerra inventada en la que nadie gana.

Nuestra teología no debe llevar a la destrucción de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Por el contrario, mira lo que Pablo dice que es el resultado para aquellos que viven por el fruto del Espíritu: buscarán amar a su prójimo como a ellos mismos (Gl 5:14), y llevarán las cargas unos de otros; de esta manera cumplirán la ley de Cristo (Gl 6:2).

Permíteme resumir este punto a través de una marcada dicotomía: la teología realizada en las obras de la carne se caracteriza por la lucha, los arrebatos de ira, la disensión

y las divisiones. La teología realizada de esta manera conducirá a devorarnos mutuamente. Por otro lado, la teología realizada en el fruto del Espíritu, que se caracteriza por el amor, la bondad, la benignidad y el gozo, resultará en llevar las cargas unos de otros y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. La drástica diferencia en los resultados demuestra la importancia de la tarea en cuestión: la teología mal utilizada puede tener resultados tristes, pero la teología bien hecha puede arraigar las virtudes que componen el fruto del Espíritu en lo más profundo de nuestra alma, de modo que nos convirtamos en cristianos marcados por la sabiduría y la estabilidad.

Aunque Pablo aquí tiene en mente más que solo la vida mental de los cristianos, la vida de la mente sigue siendo un ámbito vital en la vida cristiana en el que podemos buscar amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si la teología es un arma, entonces que sea un arma de amor. Equipémonos con esta arma y busquemos no consumir a nuestro hermano, sino llevar sus cargas en amor.

Una última palabra para nuestro viaje

Cerrando esta introducción, volvemos a su título. De hecho, nuestro tiempo es un tiempo en el que muchos teólogos se enfurecen. Aunque millones de personas están haciendo teología fielmente en todo el mundo, todavía no es una tarea difícil encontrar a aquellos que hacen teología siguiendo las obras de la carne.

Para algunos, la vida de la mente es una autopista hacia arrebatos de ira en los que los teólogos demasiado seguros

de sí mismos menosprecian a aquellos que se atreven a estar en desacuerdo con ellos.

Para algunos, la vida de la mente es un camino que desestima la sutileza en busca de la novedad y se convierte en un puesto avanzado para la idolatría.

Para algunos, la vida de la mente es un escenario de aplausos que existe para el establecimiento y satisfacción de la ambición egoísta.

Para algunos, la vida de la mente conduce a una lista de amigos cada vez más reducida a medida que los teólogos acusan a otros de abandonar la verdad y, en consecuencia, generan disensión y facciones.

Que podamos movernos en la dirección opuesta. En un mar lleno de ira y división, que seamos el tipo de pensadores que valoran la estabilidad, la sabiduría y la bondad. Mientras las opiniones apresuradas obtienen «clics, me gusta y reposteos», que nos preocupemos más por la belleza, la veracidad y la bondad. Que el objetivo de nuestra teología sea la gloria de Dios y el bien de los demás en lugar de la atención y el aplauso. Que el ojo de nuestra mente sea atraído más hacia la sensatez razonable que busca la teología como un manantial de alegría en lugar de la militarización acalorada que ve a la teología como mera estrategia de guerra.

Durante el resto de este libro, nos adentraremos en la teología como el estudio de Dios y todas las cosas en relación con Dios. Al hacerlo, daremos varios giros y vueltas, examinando diferentes realidades teológicas en el camino. Sin embargo, no estaremos haciendo teología por el simple hecho de hacer teología. En su lugar, examinaremos puntos

de doctrina, pasajes bíblicos y sabiduría teológica, todo ello con el propósito de cultivar frutos espirituales. Mientras emprendemos este viaje juntos, que experimentemos una teología fructífera en la que la vida de la mente conduzca a la vida del alma.